

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES  
MAESTRÍA EN CIENCIAS SOCIALES CON ORIENTACIÓN EN EDUCACIÓN**

**TÍTULO DE LA TESIS: AFROARGENTINIDAD Y MEMORIA HISTÓRICA: LA  
NEGRITUD EN LOS ACTOS ESCOLARES DEL 25 DE MAYO**

**AUTORA: ANNY OCORÓ LOANGO**

**DIRECTORA: DRA. FERNANDA BEIGEL  
CO-DIRECTORA: DRA. SILVIA FINOCCHIO**

**BUENOS AIRES, ARGENTINA AGOSTO DE 2010**

## Índice tesis

Título de la tesis: afroargentinidad y memoria histórica: la negritud en los actos escolares del 25 de Mayo.

Agradecimientos.....	7
Introducción.....	10

### Capítulo I.

Presencia de los afroargentinos entre la Colonia y Independencia.....	23
I. La llegada de los contingentes africanos a la Argentina.....	25
II. La esclavización negra en la Argentina.....	23
III. El aporte de los negros a la estructura económica.....	30
IV. Las mujeres.....	32
V. Los negros y el candombe.....	36
VI. Rosas y los negros: entre la barbarie y la exotización del candombe.....	45
VII. La participación de los negros en las invasiones inglesas: antecedentes.....	52
VIII. Los negros en la subalternidad independentista o en las guerras de independencia.....	55
IX. La “aniquilación” de los afroargentinos: algunas miradas.....	61

### Capítulo 2.

Los actos del 25 de mayo ¿una efeméride que institucionaliza o invisibiliza los negros en la Argentina?.....	69
I. El 25 de mayo en las escuelas.....	70
II. La institucionalización / oficialización del los actos escolares .....	71
III. Las fiestas cívicas y su articulación al ideario militar.....	76
IV. Construyendo la nación a contraluz .....	78
V. Algunas tensiones .....	81
VI. La presencia del negro en los actos escolares del 25 de Mayo.....	87
VII. Falucho un héroe mítico negro: un lugar de reconocimiento para los negros en la memoria nacional o un símbolo de su borramiento?.....	89
VIII. El negro fabricado: las comparsas de blancos pintados de negros.....	106

### **Capítulo 3.**

El lugar del negro en la cultura escolar argentina: o la cuestión negra en los actos escolares del 25 de mayo.....	116
I. Caracterización de las instituciones educativas elegidas .....	116
II. El acto escolar en las instituciones elegidas.....	117
III. Los actos escolares del 25 de Mayo ¿cuál es su sentido?.....	121
IV. La puesta en escena: cómo organizan las escuelas este festejo?.....	124
V. Llega el 25 de mayo, ¿quién se disfraza de “negrito”?.....	133
VI. ¿Qué tipo de negro fabrican los actos?.....	141
VII. “Hacia una sociología de la negritud en la infancia”: ¿hay negros para los chicos hoy?.....	153
<b>Consideraciones finales.....</b>	<b>163</b>

### **Anexos**

I. Instrumento etnográfico de observación del personaje negro en el acto escolar...	175
II. Reconstrucción del personaje antes del acto escolar.....	175
III. Formato de entrevista a estudiantes que representaron personajes.....	176
<b>Referencias bibliográficas.....</b>	<b>178</b>

## Capítulo I.

### Presencia de los afroargentinos entre la Colonia y la Independencia

#### I. La llegada de los contingentes africanos a la Argentina

La presencia en América Latina de la diáspora africana estuvo ligada al proceso de conquista y colonización promovida por la península ibérica, que arrebató a negros y negras principalmente del África occidental. Según las cifras establecidas “entre 10 y 15 millones de africanos fueron impelidos a cruzar el Atlántico, uno o dos millones murieron en la travesía. Su traslado forzoso fue, qué duda cabe, uno de los mayores crímenes contra la humanidad de la historia mundial,” (Klein, 1986:93). Según pensadores africanos la cifra podría llegar a los 30.000.000 (Gómez, 2001), de tal manera que “el continente sufrió una sangría tan considerable en su población que constituye el mayor genocidio de la historia” (Picotti, 1998:35).

Los negros esclavizados fueron comercializados en el marco de las relaciones capitalistas de producción, desplegadas en América a partir de 1492. Ello se desarrolló en América durante el siglo XVI y se consolidó en los siglos XVII y XVIII, (Gómez, 2001). Se trataba de un negocio rentable iniciado por los portugueses, quienes proveían a España de esclavos para que ésta los exportara a sus colonias; negocio en el que además participaron y se beneficiaron otros países europeos como Holanda, Francia e Inglaterra. Según Gómez<sup>1</sup> el tráfico “fue el primer negocio globalizado: incluyó a todos los continentes”.

A partir de la conquista de América, en el marco del desarrollo de lo que Wallerstein (1974) ha llamado el sistema mundo moderno, emerge un circuito comercial en el Atlántico durante el siglo XVI que resulta fundamental para la comprensión del capitalismo y la esclavización masiva de africanos. El sistema mundo conectó al Atlántico con otros circuitos o redes comerciales ya existentes en Europa, Asia y África y es a partir de este circuito comercial que la esclavitud pasa a ser sinónimo de negritud (Mignolo, 2000).

---

<sup>1</sup> Entrevista en la revista *Cultura Ñ* del diario el Clarín No. 216. noviembre 17 de 2007.

América comienza a participar de las relaciones de dominación del sistema mundo, lo que trae consigo el establecimiento de clasificaciones de la población y formas de apropiación y control del trabajo, articuladas al mercado mundial. Este nuevo sistema produjo identidades sociales<sup>2</sup> clasificadas a partir de supuestas diferencias biológicas entre los grupos; diferencias que fueron utilizadas para asignar roles, y situarlos en un lugar de dominación y otorgar legitimidad al orden impuesto. De esta manera, bajo el argumento de la inferioridad racial de dichos grupos, sus cuerpos fueron asociados al trabajo no remunerado, convirtiendo la raza en un criterio para distribuir a los sujetos en la estructura de poder de la sociedad emergente (Quijano, 2000).

Siguiendo a Giddens, “el tráfico de esclavos podría no haber existido si gran parte de los europeos no hubiera creído que los negros pertenecían a una raza inferior, incluso infrahumana. El racismo contribuyó a justificar el dominio colonial sobre los pueblos no blancos y el que se les negaran los derechos de participación política que los blancos estaban alcanzando en Europa” (Giddens, 200: 13). No obstante, podríamos interrogar esta afirmación de Giddens ya que, de acuerdo a lo que vienen sosteniendo algunos académicos asociados al “pensamiento decolonial”, (Dussel, Castro Gómez, Coronil, 2005), la modernidad (y todas las instituciones y procesos políticos asociadas a ésta), fue posible porque existía un referente desde el cual pensarse por oposición: los territorios coloniales. De acuerdo con esta idea entonces, no se trata simplemente de afirmar que los blancos negaran a los territorios coloniales los derechos que estaban alcanzando en Europa, sino más bien de asumir que la construcción de una Europa moderna, los procesos de revoluciones y transformaciones acaecidas, así como la conquista de derechos de participación fueron posibles porque Europa ya tenía un referente desde el cual desarrollarse y diferenciarse. Lo anterior, implica en algún modo poner de relieve que uno se construye también por oposición, de ahí entonces que la no participación dispensada en las colonias serviría como modelo para reivindicar participación intraeuropea.

---

<sup>2</sup> Los múltiples grupos y culturas arrebatadas a África como los ashantis, yoruba, congos, etc. fueron “despojados” de su historia, de su producción cultural y más tarde reducidos a una sola y simplificada categoría: negros (Castro Gómez, 2005).

La esclavización de negros en América fue establecida como forma de producción de mercancías para el mercado mundial del capitalismo, de ahí que como lo sugiere Coronil (2000), existe una relación constitutiva entre el colonialismo y el capitalismo en la que, tanto el trabajo como la apropiación de los recursos de la naturaleza han desempeñado un papel central en la configuración del mundo moderno. Entonces el capitalismo pasaría de ser considerado un fenómeno intra-europeo que se expande al resto del mundo, a ser el resultado, desde sus orígenes, de relaciones transcontinentales globales iniciadas a partir de la conquista y colonización de América. De acuerdo con esta idea, “(...), el colonialismo es el lado oscuro del capitalismo europeo; no puede ser reducido a una nota a pie de página en su biografía” (Coronil, 2000:93).

Así finalmente, el trabajo no libre de indígenas y negros esclavizados en las colonias es un condicionante esencial para la comprensión histórica del capitalismo y “la “acumulación primitiva” colonial, lejos de ser una precondition del desarrollo capitalista, ha sido un elemento indispensable de su dinámica interna. El “trabajo asalariado libre” en Europa constituye no la condición esencial del capitalismo, sino su modalidad productiva dominante, modalidad históricamente condicionada por el trabajo “no libre” en sus colonias y otras partes (...).” (Coronil, 2000:93).

## **II. La esclavización negra en la Argentina**

Los primeros negros esclavizados llegaron a la Argentina, inicialmente en forma esporádica en el siglo XVI y en la primera mitad del siglo XVII (Guzmán, 2006). La mayor parte de los que llegaban al puerto de Buenos Aires hasta las primeras décadas del siglo XVIII eran enviados a Córdoba, Chile y el Alto Perú; otros muchos se quedaban en Córdoba y Tucumán, que abarcaba el actual noroeste argentino. El primer permiso real para la importación de esclavos en el Río de la Plata fue otorgado en 1534 (Andrews, 1989). A lo largo del periodo colonial el comercio ilegal

de esclavos se incrementó, situación que hace difícil establecer la cifra real de negros y negras que ingresaron a la Argentina. Sin embargo, “unas pocas estadísticas sugieren que el volumen del comercio legal escasamente podía compararse con el ilegal. De los 12.778 esclavos registrados como ingresados en Buenos Aires desde Brasil entre 1606 y 1625, sólo 288 lo hicieron bajo permiso real; 11.262 eran esclavos confiscados a contrabandistas y vendidos por la ciudad y 1228 más aparece en los manifiestos de barcos a los que se les permitió descargar esclavos sin permiso” (Studer, 1958:102).

Buenos Aires era un emplazamiento alejado de Lima (el centro económico y político del Virreinato del Perú). La ciudad fue inhabilitada por constantes prohibiciones de la Corona para poder comerciar casi durante todo el siglo XVII. Aún así, se convirtió en lugar para el arribo, contrabando y venta ilegal de negros esclavizados que luego serían distribuidos a Chile y Perú, (Crespi, 2001). En 1702 a partir de la firma del Tratado de Asiento con la Real Compañía de Guinea (Francia) se habilitó el Puerto de Buenos Aires para el comercio de esclavos. El lugar que desempeñó Buenos Aires en la introducción de esclavos de contrabando se explica también por el mercado de Potosí, ya que la extracción de plata peruana promovió el arribo permanente de barcos negreros al Río de Plata. Hacia 1791 comenzó a regir para Buenos Aires el reglamento de libre comercio negrero expedido en 1789, lo que además de reactivar el comercio negrero, liberalizó el tráfico y amplió la participación de particulares.

En resumidas cuentas, observamos una penetración esporádica de negros esclavizados hasta finales del siglo XVII, seguido de un periodo de intensidad en el comercio que se extiende desde 1740 hasta 1791. A partir de ahí, se generó un periodo de licencias concedidas a comerciantes y finalmente la liberalización del tráfico negrero para el Virreinato del Río de la Plata. A lo largo del siglo XVIII la población negra fue aumentando y es precisamente este siglo el que mayor entrada de esclavos africanos registra para el Río de la Plata (Morrone, 1995).

Según Carmona (2001), para el año 1778, en las provincias de Tucumán, (Córdoba,



Santiago del Estero, la Rioja, Catamarca, San Miguel – Tucumán actual-, Salta y Jujuy) la población negra, zamba y mulata llegaba al 60 por ciento de la población para esa jurisdicción. Buenos Aires contaba con 4.132 negros, 3.757 mulatos, para un total de población de 42.822 habitantes, es decir que el 21,5 por ciento de las cifras locales estaba constituido por estos grupos. Cifras proporcionales a las de Buenos Aires, destaca el autor para Cuyo, Mendoza, San Luis y San Juan, las cuales con un total de 18.898 habitantes, tenían 3.925 negros y mulatos. También señala que, aunque no es posible determinar cifras prolijas para Entre Ríos, Santa Fe y Corrientes (en fechas cercanas) para ésta última, se registra más o menos un 20 por ciento de esta población. En resumen, “para algo más de 200.000 habitantes hacia 1778 los negros y mulatos de las once provincias de las que hay cifras censales eran 88.896 y sumando –tentativamente- un 20 por ciento para Santa Fe y Entre Ríos (o sea lo mismo que en Corrientes y Buenos Aires) se tiene alrededor de 92.000, esto es 46 por ciento” (Carmona, 2001:370).

Sin embargo, Andrews (1989), señala que el censo de 1778 registraba un 30 por ciento de negros y mulatos, es decir 7.256 para un total de 24.363 de la población local. Por su parte, Liboreiro (1999), plantea que para el censo de 1778 en el noreste argentino, en la zona de Tucumán, el 42 por ciento de la población era negra; en Catamarca ascendía al 52 %, en Santiago del Estero el 54 %, en Salta 46%, Córdoba 44%, Mendoza 24%, la Rioja 20%, San Juan 16%, Jujuy 13, San Luis 9% y Buenos Aires el 29%<sup>3</sup>.

Más allá de las pequeñas diferencias en las estimaciones censales se puede observar el importante número que representaba la población negra en la Argentina. La información censal como afirma Otero (2006), no es sólo un insumo para reconstruir datos de una sociedad, sino que nos devuelven una imagen de la misma, de ahí que en los datos podemos apreciar una visibilización estadística de la población negra, explicada por la constitución estamental de la sociedad colonial. Cabe recordar que el orden colonial desplegó su actividad estadística de acuerdo con la importancia

---

<sup>3</sup> Hacia 1812 el censo realizado en la región del Cuyo, arrojó que de 13.318 habitantes, 4.456 correspondían a población negra, es decir el 33,5 por ciento (Morrone, 1995).

económica y geopolítica de los territorios, por ello la información censal del Río de la Plata no se compara con el desplegado en México y Perú (Otero, 2006).

Para el autor, el uso de los datos no se deriva necesariamente de un ejercicio posterior a la producción del mismo, sino que muchas veces el uso está prefijado desde que se empieza a concebir el objeto estadístico; es así como el censo de 1778 ordenado en el contexto de las reformas borbónicas del Rey Carlos III, se explica también por el interés de la administración colonial de controlar el conjunto de la población y por finalidades fiscales y tributarias. Lo anterior, también nos permite ligar la producción del censo a la importancia que adquiere el Río de la Plata al constituirse en Virreinato.

La esclavización en América continuó, aunque de manera clandestina, hasta finales del siglo XIX (Morrone, 1995). Un antecedente importante lo encontramos ya en 1807 cuando Inglaterra abolió el tráfico de esclavos, medida que, sin duda, respondía al cambio de modelo de las relaciones de producción que reclamaba mano de obra asalariada para asegurar el consumo de la producción. España adhiere a esta tendencia abolicionista en 1817, afirmando que en 1820 daría fin a la trata de negros. En la Argentina el gobierno de Rosas derogó la legislación de reclutamiento de libertos mayores de quince años y firmó en 1839 un tratado abolicionista del tráfico de esclavos con Inglaterra (que él mismo había reinstaurado en 1831). Sin embargo, no sería hasta 1861 cuando realmente se concrete la abolición en todo el territorio nacional, una vez Buenos Aires aceptó la constitución de 1853 que abolía la esclavitud.

Un segundo momento del ingreso de población afrodescendiente corresponde a la migración de los caboverdianos (Pita, 2006) quienes, motivados por las condiciones de hambre, guerras civiles y miseria a las que ha estado sometido ese continente por los ya conocidos procesos históricos de saqueo y dominación, empezaron a llegar al país desde finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX.

La migración de caboverdianos hacia Argentina se vuelve relevante a partir de los años veinte (Maffia, 2006), y los periodos de mayor afluencia se sitúan entre 1927 a 1933 y un tercer periodo después de 1946, que empieza a decrecer alrededor de la década del sesenta (Maffa, 1986). Los caboverdianos que migraron hacia la Argentina tenían la nacionalidad portuguesa y posteriormente adquirieron la nacionalidad argentina<sup>4</sup>. Esta migración cesa en la Argentina, cuando las transformaciones sociopolíticas mejoran las condiciones en Europa y se reactiva la migración hacia la misma (Rocha, 2006:288).

Una de las principales actividades de los inmigrantes caboverdianos era la pesca, por lo que fueron radicando en zonas portuarias como La Boca, Puerto Madryn y Bahía Blanca. Además de otros asentamientos alrededor de los puertos de Dock Sud, en Avellaneda y la Ensenada (ambos en la provincia de Buenos Aires) (Rocha, 2006). La población caboverdiana creó dos instituciones que actualmente siguen funcionando: la sociedad de Socorros Mutuos “Unión Caboverdiana (1932) con sede en Dock Sud, y la Asociación Cultural y deportiva Caboverdiana de Ensenada (1927) que buscan mantener la transmisión de la herencia cultural isleña (Gómez, 2001). También se creó en 1956 el Comité Regional del Partido Africano por la Independencia de Guinea y Cabo Verde como parte de los procesos independentista que se vivían en África en los años 50 y 60. Finalmente en 1995 y 1998 se crean la Casa de África en Buenos Aires y el Centro de Descendientes de Caboverdianos de Mar de Plata.

Como un tercer momento, en la Argentina de hoy se registran las recientes oleadas migratorias, desde comienzos de los noventas en su mayoría de jóvenes del occidente africano (Pita, 2006), generalmente provienen de países como Nigeria, Senegal, Congo, Malí, Sierra Leona, etc, quienes poco a poco se incorporan a la ciudad de

---

<sup>4</sup> Dado que los caboverdianos ingresaron con nacionalidad portuguesa y otros lo hicieron clandestinamente no existen registros ni en la Dirección Nacional de Migraciones, ni en los censos oficiales que permitan constatar la cantidad de población que hizo su arribo a la Argentina. Sin embargo, en el año 1979 Maffia, con apoyo de funcionarios consulares y miembros de comunidades, censaron una parte de la población, logrando determinar que aproximadamente para la época existían unos cuatro mil caboverdianos entre nativos y sus descendientes (Maffia, 2006).

Buenos Aires como vendedores informales en los espacios públicos. Algunos se han incorporado a organizaciones como la Asociación de Nigerianos, la Asociación de Residentes Africanos y la Asociación de Malianos y desarrollan diversas actividades sociales. También se destacan organizaciones como Bondeko (1984), el Comité Argentino Latinoamericanos contra el Apartheid (1984), la Casa de la Cultura Indoafroamericana (1988), además de variadas organizaciones.<sup>5</sup>

Vale la pena comentar que una de las luchas y negociaciones entre diferentes organizaciones de afrodescendientes es lograr su inclusión en el censo nacional que se realizará en el 2010. Lo anterior, además de permitir establecer las cifras reales de la población en el país, abre la puerta para incidir en la visibilización de la presencia de los negros en la vida nacional, evaluar su situación económica y social y garantizar políticas de desarrollo para estos grupos. De todos modos, es importante mencionar la relevancia que el tema afroargentino ha adquirido en los estudios académicos y la visibilidad que ha ganado en instituciones como el Instituto Nacional Contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI) que viene realizando eventos públicos de visibilización y estimulando la producción académica sobre estudios afroargentinos.

### **III. El aporte de los negros a la estructura económica**

Durante el periodo colonial los negros esclavizados fueron destinados a cumplir muchas y variadas tareas. Contrario a la imagen que los sitúa meramente en actividades domésticas (entendiendo el trabajo en las casas de las familias blancas/criollas), los negros no sólo estuvieron destinados a estas tareas y servicios, sino que sostuvieron el sistema económico<sup>6</sup>. Estos ocupaban una parte importante

---

<sup>5</sup> Para más información sobre otras organizaciones integradas o presididas por afrodescendientes ver Gómez (2001).

<sup>6</sup> Conviene precisar que el modo de producción de los siglos XVII y XIX sobrepone elementos precapitalistas, esclavistas, serviles (haciendas donde el trabajo servil es considerado doméstico por su modalidad) con elementos capitalistas. En otras palabras lo doméstico no vendría a ser trabajo en familias urbanas sino explotación y servidumbre en muchas formas.

de la fuerza laboral en casi todas las actividades productivas (ganadería, agricultura, carpintería, manufactura, panadería, artesanía, herrería, sastrería, zapatería, aguateros, changadores, entre otras), por lo tanto, no estuvieron excluidos de ninguna actividad productiva. Fue tal su vinculación que Andrews sostiene contundentemente que es correcto afirmar “que si cada trabajador esclavo del Buenos Aires de 1800 hubiese desaparecido repentinamente, la actividad económica se hubiese detenido en una cuestión de horas” (Andrews, 1989:31).

Tal grado de participación de la población negra en las actividades productivas tuvo relación con la esclavitud urbana que según Bernard “es el reflejo del modelo general que se implanta en las Indias Occidentales a partir del siglo XVI y que favorece la diversificación de las tareas realizadas por los esclavos” (Bernard, 2000:4). Muchos amos alquilaban sus esclavos para desempeñar distintas tareas o servicios recibiendo ingresos adicionales a través de éste. Posteriormente la legislación municipal estableció un límite de las sumas que los esclavos debían entregar a sus amos, logrando que éstos dispusieran de una parte de lo ganado para su tiempo libre, una vez satisfechas las demandas del amo.

También era común que se ocuparan de las ventas callejeras de pasteles, mazamorra y empanadas, transitaban las calles con pregones y rimas para ofertar sus mercaderías. Ortiz Oderugo explica que los pregones más que cantos de trabajo hay que verlos como una expresión folklórica de la cultura que incorpora giros del hablar, aún cuando “técnicamente, los pregones están concebidos, casi con excepción, en tono menor. Lo cual les otorga un profundo acento de dolor y de queja. Desde luego, no faltan tampoco los ejemplos que se pulsa la nota festiva y exultante” (Ortiz Oderugo, 1974:132). El autor incluye varios pregones que citaremos en este trabajo:

El vendedor de manteca pregonaba:  
“manteca y grasa para el alivio de la casa”

El lechero:

“! A la buena leche gorda!  
Por capricho soy soltero;  
Que el lechero

Gozar debe libertad;  
Y no tengo más vestido  
Que un bonete carcomido  
Y un raído chiripá.  
¡A la buena leche gorda!

El aguatero:

Patrona, lleva el agüita;  
Prepare ya su cacharro  
Que del tambor de mi carro,  
El agua sale fresquita.

De Palermo a Recoleta,  
De San Telmo a Monserrat,  
Voy llevando mi carreta,  
Agua fresca a la ciudad.

“Aguatero”, agua fresquita  
Que quita los males,  
Que quita las penas  
Como agua bendita.

¡“Aguatero”, compre señora,  
Agua fresca de mi tambor!

También debemos destacar la participación de los negros en las actividades económicas de la vida gauchesca. Ya desde fines del siglo XVII los esclavos trabajaban como peones y vaqueros en estancias de Buenos Aires, Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba y la Banda Oriental. Los jesuitas, eran dueños de muchas estancias en las que utilizaban mano de obra de esclavos. Como menciona Rodríguez Molas, en estancias de Buenos Aires de mediados del siglo XVIII que utilizaban mano de obra africana, “paradójicamente las ganancias de esas explotaciones atendidas por esclavos se destinan a solventar en la ciudad un colegio de niñas huérfanas donde está vedado el ingreso de la de color” (Rodríguez Molas, 1982:118-119).

#### **IV. Las mujeres**

Los primeros negros esclavizados que llegaron al Río de la Plata eran varones (Golberg, 2006) y para contener la relación de negros con indias y satisfacer las

demandas de sexualidad de los varones se consideró necesaria la incorporación de mujeres negras. Estas mujeres “como cualquier otro objeto, eran tasadas, vendidas, rematadas, hipotecadas, embargadas, alquiladas, donadas, heredadas” (Golberg, 2000:68). El lugar de las mujeres implicaba una doble responsabilidad pues no sólo asumían tareas productivas, sino que también tenían que satisfacer las necesidades sexuales de los esclavos y sus amos<sup>7</sup>. Eran comúnmente sometidas a constantes abusos y castigos además de ser vistas como un objeto sexual, tanto así que cuando eran violadas o abusadas (estando esto prohibido por el orden colonial) se les atribuía la responsabilidad por su supuesta tendencia natural a la obscenidad (Golberg, 2000).

Era frecuente que los amos hicieran promesas de libertad a sus esclavas como también su incumplimiento a cambio de favores sexuales. Según Golberg (2000) muchos historiadores dan por sentado que las mujeres negras obtenían beneficios al relacionarse sexualmente con sus amos o con los parientes de sus amos ya que a través de esto era posible lograr un mejor trato para ellas y los hijos que nacían de estos encuentros.

En torno a la sexualidad de las mujeres negras se construyeron muchos estereotipos y prejuicios. Se les atribuyeron calificativos de mujeres candentes y hábiles en las artes amatorias lo que las convertía en objeto de placer. Estos estereotipos se fueron naturalizando al punto que se convirtieron en rasgos para caracterizar y etiquetar sus identidades, dejando al margen el contexto de sometimiento y dominación racial colonial, político y religioso en el que éstos fueron configurados.

Esta supuesta superioridad de la sexualidad de los negros presentada como un atributo natural, es parte de la esencialización cultural en la que sus cuerpos fueron inscritos, atribuyéndoles poderes sexuales que fueron vistos como amenazantes para la institución familiar. Desde la simbología cristiana también se contribuyó a construir un imaginario del negro con la maldad y lo blanco con el bien,

---

<sup>7</sup> “Desde el inicio de la colonización, algunos negros buscaron sacar partido de las leyes de los blancos llevando a cabo uniones legítimas o no con las indias que eran libres e idénticas conductas adoptaron las esclavas al utilizar el erotismo en sus relaciones con los españoles como vector de ascenso social para sí y su prole en una sociedad extremadamente jerarquizada (Bernand y Gruzinski (1986); Bastide (1970), citados por Viveros, 2000:16).

representando a su vez en la iconografía los santos con el color de piel blanco y el diablo con el color negro (Viveros, 2000). Sobre las mujeres pesaba el prejuicio de lujuriosas y salvajes, con tendencias dionisiacas, más proclives a los goces sexuales y la seducción, sus cuerpos eran considerados por la iglesia como territorio del pecado, un cuerpo sin pudor, proclive a la transgresión moral y al deseo ilimitado.

El polígrafo argentino Miguel Cané, ya a fines del siglo XIX, describe a las mujeres negras en las danzas, de la siguiente manera:

“el tambor ha cambiado ligeramente el ritmo, bajo él, los presentes que no bailan emplean una melopea lasciva. Las mujeres se colocan frente a los hombres y cada pareja empieza a hacer contorsiones lúbricas, movimientos ondulantes, en los que la cabeza queda inmóvil; culebrean sin cesar. La música y la propia animación los embriaga; el negro del tambor se agita bajo su paroxismo más intenso aún y las mujeres enloquecidas, pierden todo pudor. Cada oscilación es una invitación a la sensualidad, que aparece allí bajo la forma más brutal que he visto en mi vida; se acercan al compañero, se estrechan, se restregan contra él, y el negro, como los animales enardecidos, levanta la cabeza al aire y echándola a la espalda, muestra su doble fila de dientes blancos y agudos (...) Gritan, gruñen, se estremecen y por momentos se cree que esas fieras van a tomarse a mordiscos. (Citado en Ortiz Oderigo, 1974:85).

En la cita podemos ver la representación de animalidad y salvajismo construida en torno a los negros y sus expresiones, pero también la manera como se describe a la mujer negra como falta de pudor: “mujeres que se restregan al hombre, con contorsiones lúbricas”. Si bien la cita describe una danza, es conocido que las representaciones en torno a las mujeres negras como lujuriosas hicieron parte del imaginario social construido e incluso éste se mantiene hasta la actualidad, como lo demuestran algunos estudios, (Congolino, 2004; Viveros, 1998, 2000).

Las mujeres usualmente asumían el trabajo de criadas, planchadoras, lavanderas, costureras y cocineras. Una descripción de esta actividad y los prejuicios presentes alrededor de las mujeres negras la podemos encontrar en un artículo de Víctor Gálvez<sup>8</sup> titulado “La Raza Africana en Buenos Aires (recuerdo de otros tiempos)”. El artículo fue publicado en la *Nueva revista de Buenos Aires* en 1883 y en éste

---

<sup>8</sup> Este era el seudónimo de Vicente Quesada, un político, escritor y abogado reconocido en la Argentina. Director de la Biblioteca Nacional en 1871. Ver en Geler (2008:29)



Gálvez, al referirse a la comunidad afroargentina en la época de Rosas, afirma: “las mujeres [se] ganaban la vida como lavanderas, planchadoras, costureras y muchas llamadas achuradoras (...) se apoderaban de los despojos que abandonaban en los mataderos (...) vestían del modo más inmundo (...) Eran hediondas y sucias (...) ocupaban la última escala entre las de su raza. Pero con esa industria hacían su peculio, y con sus economías compraban un terreno de poco precio y construían su rancho. (Gálvez, 1883 citado por Geler, 2008:29).

Ante la significativa disminución de la población masculina producto del reclutamiento para prestar sus servicios en las guerras, las mujeres presidieron muchas de las naciones. Estas asociaciones comunitarias además de organizar fiestas y procesiones ayudaban económicamente para que los esclavos pudieran comprar su libertad. La participación en la dirección de las naciones les permitió ganar espacios de decisión en su propio grupo étnico, así como desempeñar un rol protagónico en asuntos políticos, asumiendo el liderazgo y la iniciativa en variados momentos.

Las mujeres negras también aparecen representadas como aliadas del gobernador Rosas y como fuertes guerreras que abrazaron la causa federal, (más adelante abordaremos la relación surgida entre Rosas y los afroargentinos). José Mármol las describe en un apartado de su libro *Amalia*, de la siguiente manera:

“los negros pero con especialidad las mujeres de ese color, fueron los principales órganos de delación que tuvo Rosas. El sentimiento de gratitud apareció seco, sin raíces en su corazón. Allí donde se daba el pan a sus hijos, donde ellas mismas habían recibido su salario y las prodigalidades de una sociedad cuyas familias pecan por la generosidad, por la indulgencia, y por la comunidad, puede decirse, con el doméstico, allí llevaban la calumnia, la desgracia y la muerte (...) desde que el dictador marchó a Santos Lugares y con él los batallones de negros que habían en la plaza, las negras empezaron también por su cuenta a marchar al campamento, abandonando el servicio de las familias, que quedaron entregadas a su propia asistencia. Pero antes de salir de la ciudad se presentaban en bandadas en la casa de Manuela o en la de doña María Josefa de Ezcurra, anunciando que iban a pelear también por el restaurador de las leyes. Y en el día que describimos no era pequeño el número de ellas que cuajaba los patios y zaguanes de la casa de Rosas, haciendo estrepitosa algazara al despedirse de Manuela y de cuantos había allí.” (Mármol, 1917:622-624).

Tenemos entonces una representación cultural que caracteriza la mujer negra como lasciva, inferior y primitiva y fiel servidora del régimen rosista. Una representación que genera tanto deseo como repulsión, como plantea Homi Bhabha (2002); se construye un “otro” sobre un discurso ambivalente: por un lado la mujer negra es objeto de deseo, y por el otro de desprecio, así entonces: “la construcción del sujeto colonial en el discurso, y el ejercicio del poder colonial a través del discurso, exigen una articulación de formas de diferencia racial y sexual. Esa articulación se vuelve crucial si se sostiene que el cuerpo está siempre simultáneamente (aunque conflictivamente) inscripto tanto en la economía del placer y el deseo como en la economía del discurso, dominación y poder” (Bhaba, 2002:92).

## **V. Los negros y el candombe**

La cultura afroargentina se destacó por su expresión musical y coreográfica. A través de la danza y los bailes lograron generar expresiones como el Candombe<sup>9</sup>, una manifestación musical y cultural ligada a los grupos africanos que llegaron en condición de esclavos al Río de la Plata y sus descendientes que en muchos casos fueron prohibidas por las autoridades locales. Estos bailes convocaban la comunidad afroargentina y reforzaban sus vínculos y solidaridad permitiéndoles afirmarse como grupo. El Candombe designa “tanto la danza como la reunión durante la cual se baila. Es decir, que la misma palabra remite a la modalidad y al lugar de encuentro. Por extensión, candombe e incluso “tambor” indican el grupo que se reúne para bailar; en otras palabras la red de relaciones consolidada por lazos de solidaridad étnica” (González, 1999:11).

---

<sup>9</sup> “En el Río de la Plata, a partir del siglo XVI, fueron danzándose con la presencia africana los diversos tipos de danza que se observan en toda América, con algunas características propias, (...) además del candombe hubo por lo menos tres especies danzantes ineludibles cuando se quiere ver los aspectos más raigales: la calenda, la bambula y la chica o congo, que fueron olvidadas antes del primero, cuya denominación se hizo además genérica para la danza afro-rioplatense y a veces aún afroamericana, manteniendo hasta ahora su vigencia” (Picotti, 2001:187). Pablo Cirio (2003) sostiene que la extendida idea de que los negros desaparecieron ha llevado a pensar que el candombe argentino es cosa del pasado y a situarlo solamente en las áreas urbanas. Al respecto el autor plantea que el candombe no sólo se practicó y se practica fuera de Buenos Aires, y en las zonas rurales “sino que sus actuales cultores trasvasan el límite étnico demarcado por la negritud.” (Cirio, 2003:3)

## Coplas candomberas

Si polque me ves negrito<sup>10</sup>  
Te des que no se quelel  
También los negritos saben  
Amal y colespondel.

¿No lleva zapato negro  
El pie de la mejol dama?  
Sel negro no es afrentoso  
Ni quita ninguna fama.

San benito es negro<sup>11</sup>  
Neglo en su coló  
Pelo en su veltule  
No hay otlo mejol



Pedro Figari, Candombe, 81 x 60 cm, óleo sobre lienzo

Muchos ciudadanos se quejaban de estos bailes manifestando que eran lascivos y lujuriosos y que incitaban a los negros a descuidar las responsabilidades con sus patronos (Golberg, 1995). Estas danzas tenían nexos indiscutibles con rituales africanos y en muchas ocasiones su práctica debió hacerse de manera secreta y reservada. Las fiestas podían ser en lugares cerrados, públicos, y en velatorios. Durante las primeras décadas del siglo XIX aumentaron las prohibiciones de los candombes y en 1825 se prohibió la realización de bailes públicos (Golberg, 1995).

---

<sup>10</sup> Estas coplas candomberas anónimas figuran en los versos de piel morena, una antología de la poesía negra, de Hugo Devieri (1945) y citadas por Jorge Becco (1953)

<sup>11</sup> Refiere Becco (1953) que San Benito de Palermo y San Baltasar fueron los máximos santos de los negros del Río de la Plata y plantea que para Peredea Valdés San benito fue genuinamente negro. Para ampliar esta referencia remitirse a Becco, Horacio Jorge (1951) *El tema del negro en cantos, bailes y villancicos de los siglos XVI y XVII*, Buenos Aires, editorial Ollantay.



Pedro Figari, Cambacúa, 99 x 69 cm, óleo sobre cartón.

La población negra también participó activamente del carnaval. Aunque éste no era propiamente una fiesta de la comunidad negra, ellos contribuyeron a dar relieve a las celebraciones (Ortiz Oderugo, 1974).

El carnaval era una amalgama de elementos europeos, indígenas y africanos que reflejaba e integraba las identidades étnicas. Como plantea Cesar Romeo (2005), éste suspendía temporalmente el orden, las jerarquías, las separaciones étnicas, de género y de clase instituidas por el poder colonial<sup>12</sup>. El carnaval hacía posible visibilizar la contraluz del orden instituido, en el que los distintos grupos expresaban “un otro orden” construido a partir de otras regulaciones e intercambios. En esta celebración los grupos se mezclaban y desafiaban mediante sus expresiones el orden instituido que reglamentaba los cuerpos, las relaciones entre etnias y el género, haciendo posible que no se naturalizara un solo orden. El carnaval permitió el protagonismo de la población subalterna y para el caso de la comunidad afroargentina se convirtió en un espacio de visibilización al hacer pública muchas de sus expresiones musicales.

El carnaval de Buenos Aires fue una de las celebraciones populares sobre las que más regulaciones y controles recayeron. Desde el siglo XVIII fue prohibido y reglamentado en varias ocasiones (Romeo, 2005). El poder eclesiástico y político lo

---

<sup>12</sup> Romeo postula que “el carnaval no sólo reproduce y subvierte. También suspende durante la época de su celebración, la vigencia de los poderes ordinarios (...) tal suspensión posibilita la desestructuración general de las diferencias étnicas, raciales, de género y de clase, la desestructuración general de las jerarquías, de las dignidades, de los títulos (de nobleza o propiedad), de las voces, de los cuerpos, de los trabajos y los días, características del carnaval.” (Romeo, 2005:71)

atacó constantemente desde argumentos morales y cívicos, enjuiciándolo y combatiéndolo a nombre del orden político, las buenas costumbres, la civilización, el progreso, la salud pública y las prácticas morales cristianas. En Buenos Aires, durante la Colonia fue objeto de críticas y prohibiciones, situación que también se presentó después de la independencia a nombre de las prácticas ilustradas y de la civilidad moderna. Pese a todos los recelos y pronunciamientos en su contra, reiteración de decretos, disposiciones de prohibición de comportamientos carnavaleros entre otras, todas las clases y etnias manifestaron su resistencia ante el cumplimiento de estas disposiciones y el carnaval logró resistir.

De acuerdo con Cesar Romeo (2005) el carnaval se opuso a la racionalidad que buscaba el control y el dominio de sí, la legitimación de una sola lógica de poder, la fijación de fronteras étnicas, morales, la imposición de gustos y modales. A cambio de esto posicionó en su festejo el descontrol, la fractura en límites morales, étnicos, el quiebre temporal de clasificaciones, la desmesura, la risa, la mezcla de etnias, clases, géneros subvirtiendo muchas de las normas que sofocaban la vida ordinaria de la gente.

Las expresiones de la comunidad negra en el carnaval también fueron objetos de críticas y prohibiciones. El baile de los negros era visto como “cosa del diablo”, las danzas africanas eran calificadas de obscenas, lascivas y pecaminosas. En 1595 el sínodo episcopal de Tucumán dispuso: “que ninguna persona baile, dance, taña, ni cante, bailes ni cantos lascivos, torpes, ni deshonestos que contienen cosas lascivas y que las introdujo el demonio en el mundo para hacer irremediables daños con torpes palabras y manos”. De modo similar, en el año 1743 “(...) el Obispo Peralta los condenó, so penas de excomunión, a pesar de que desde el siglo XVII habían estado presentes en las conmemoraciones oficiales de la ciudad. Por bandos del 6 de marzo y del 3 de noviembre de 1766 quedaron vedados” (López Canto, 1992, citado por Romeo, 2005:48).

Como la población no asumió las reglamentaciones, en 1770 el gobernador de Vértiz prohibió las danzas afroamericanas y dispuso castigos severos para quienes no acataran la medida. El 20 de septiembre de 1770, en la cláusula 22 establecida por Vértiz se decreta: “que no se permitan los fandangos que en los días señalados suelen formarse en casas que alquilan para este fin por los Arrabales de la Ciudad, por resultar fatales consecuencias de heridas, y muerte: penas si fuese español, dos años a las obras del Rey en Malvinas; y si es negro, mulato, mestizo ó indio, de doscientos azotes” (Romeo, 2005:61).

Posteriormente se volvieron a permitir los fandangos, como eran llamados los bailes de las clases populares principalmente de los negros, dada la aceptación popular que tenían y por los reclamos de la población negra frente a la censura. En algunas ocasiones se concedieron permisos (bajo cuidado y vigilancia de las autoridades designadas) a los representantes de las naciones -como se denominaban a sí mismas las etnias africanas- para efectuar sus bailes. El Cabildo presionó en muchas ocasiones para que se prohibieran dichos permisos y veía con recelo las actividades organizadas por las naciones y cofradías<sup>13</sup> para recolectar fondos y financiar sus actividades sociales y festividades. También cuestionaba la procedencia del dinero y lo peligroso que representaba amparar reuniones que podían desencadenar en agitación de los negros.

El continuo señalamiento a las expresiones corporales y rituales de los negros, así como los calificativos de sus bailes y expresiones como sinónimo de desviación, lascivia y pecaminosidad nos hablan de una formación discursiva que apeló a la moral y la religión para reprimir, regular y sancionar las conductas de los negros.

---

<sup>13</sup> Se denominaban naciones durante el periodo de vigencia de la esclavitud a las sociedades que reunían a los africanos de un mismo origen geográfico y lingüístico. Estas organizaciones tenían un reglamento y según algunos autores como Gustavo Martín, muchas de ellas estaban controladas por los “blancos” y resultaban un medio por el cual los africanos adoptaban aspectos externos de la cultura occidental, pero con otros fines y significados (...) las cofradías de carácter religioso, constituyeron otra forma de organización de los negros. Sin embargo estaban fuertemente controladas y fiscalizadas por la Iglesia Católica. Las autoridades obligaban a los esclavizados a concurrir so pena de ser castigados. La función de las cofradías fue (...) estrictamente religiosa y consistía en la veneración y el cuidado de vírgenes y santos” (Gómez, 2001:410).

Hall siguiendo a Foucault argumenta que “el cuerpo es construido, modelado y remodelado por la intersección de una serie de prácticas discursivas disciplinarias” (Hall, 1996:28). En este sentido, los diferentes dispositivos de poder que buscaban normar sus cuerpos son claro ejemplo de formas discursivas de dominación. Por lo tanto, apelar a las buenas costumbres y el decoro, así como sancionar unas prácticas como adecuadas excluyendo otras, instituye dispositivos de regulación asentados en formaciones discursivas que comportan su propio régimen de verdad. Una verdad que como bien afirmaba Foucault:

“(…) no está por fuera del poder (…) La verdad es una cosa de este mundo; es producida sólo en virtud de múltiples formas de constricción, e induce efectos regulares de poder. Cada sociedad tiene sus regímenes de verdad, sus ‘políticas generales’ de verdad; esto es, los tipos de discurso que esa sociedad acepta y hace funcionar como verdaderos, los mecanismos y las instancias que posibilitan que uno distinga los enunciados verdaderos de los falsos, los medios por los cuales cada uno es sancionado... el status de aquellos que están a cargo de decir qué es lo verdadero”. (Foucault, 1980: 131).

De esta manera, la formación discursiva inscribió en el cuerpo de los sujetos límites del orden moral asociados al pudor y la trasgresión. Si analizamos, desde esta perspectiva, las críticas y prescripciones de que fue objeto el cuerpo de los hombres y mujeres negras, observamos cómo el poder operó sobre los cuerpos a través de un sistema de esclavización que intentó normar todos los aspectos de la vida de la población negra. Un sistema que no sólo implicó una tenencia sobre los cuerpos como mercancía u objeto de producción económica o de disfrute sexual del amo (en muchos casos), sino también con estrategia de gobierno, amparadas en discursos sobre lo moral, lo civilizado para mantener esta población en los límites y códigos prescritos por las normas.

La condición de subalternidad también hacía que sus cuerpos fueran regulados más que otros o que penetraran regulaciones en aspectos relacionados con la sexualidad. Así pues, las cadenas de poder de régimen esclavista, no se redujeron a la tenencia del cuerpo como fuerza productiva, su control y sometimiento mediante la privación de la libertad sino que también operó mediante tecnologías de regulación y

normalización de las prácticas de subjetivación, del ejercicio de la sexualidad instituyendo el gobierno del cuerpo, como bien decía Foucault el poder pasa siempre por el cuerpo.

El proyecto moderno desde su versión religiosa o política buscó homogenizar y uniformar los diferentes espacios de los sujetos para normar sus comportamientos y establecer control sobre sus vidas. Los negros “tenían movimientos y figuras coreográficas completamente ajenos a los provenientes de los salones de Europa; movimientos y figuras (derivadas de ritos de fecundidad y reproducción, funerarios y de pasaje) que con indeseable frecuencia fueron considerados por los europeos y el clero, no sólo “lascivos”, sino también “denigrantes”, es decir cosa de negros esclavos. Algo similar va a ocurrir después con el tango rioplatense que recibió la influencia coreográfica de bailes afroamericanos y al que el carnaval le iba a facilitar su exposición pública, cuando todavía era una danza de marginales, prostibularia y prohibida” (Romeo, 2005:57).

A principios del siglo XIX la administración colonial se muestra con cierta tolerancia a los espacios de esparcimiento y las reuniones en las que los negros bailaban sus danzas, según González (1999) esto se venía generando desde la participación activa que tuvo la población negra en la defensa de la ciudad ante el ataque británico (1806-1807) y respondía a una iniciativa municipal de recompensar la fidelidad de los negros al monarca y la ciudad. Bajo el gobierno de Rivadavia se dispone nuevamente la reglamentación y vigilancia de los bailes de africanos, se prohíben los bailes callejeros y aumentan las detenciones de negros por bailar en la calle (González, 1999). Estas disposiciones dadas por el gobierno a la policía desembocaron en la reglamentación de las “sociedades africanas” con las que el gobierno de Rivadavia pretendía “legalizar los “tangos de danza y al mismo tiempo apartarlos de la calle, recluyendo estas prácticas en espacios privados” (AGN. AP.X.32.10.1 fol.62, citado por Devoto y Madero, 1999:160).



Este periodo ve aparecer, desde los primeros cinco años de la implementación de las medidas, múltiples asociaciones de afroargentinos que posiblemente buscaban legalizar sus reuniones. Al parecer el número creciente de organizaciones era producto de divisiones de las anteriores asociaciones, así por ejemplo, la “Conga Agunda” surge de una división de la “nación Conga”; la “Muchague” y la “Mañanbaru”, de un división de la “Mozambique”; la “Muchague” conocerá una nueva división de la que en 1834 surgirá la nación Amuera” (González, 1999:116).

Una comisión gubernamental que tenía como misión examinar las sociedades africanas produce en 1834 un informe en que advierte al gobierno sobre los efectos inesperados de su política respecto a las sociedades africanas, ya que “al autorizar la creación de nuevas sociedades originadas en el fraccionamiento de las antiguas, el gobierno favorecía la insubordinación dentro de la sociedad, cosa que, a juicio de la comisión, desnaturalizaba las metas prevalecientes en el origen de la creación de las asociaciones de africanos, ya que daba a éstos demasiada libertad de acción” [(AGN. AP. X. 33.2.2 fol.55, citado por González, 1999:116).

Todo este proceso generado en la administración de Rivadavia va ser aprovechado posteriormente por Rosas. Estas sociedades van a ser un punto de apoyo fundamental para ayudar al gobernador a enfrentar la grave crisis de su régimen<sup>14</sup> entre 1838 – 1840. En medio de la crisis de su gobierno en 1839 decide abolir la trata de esclavos reactivada por el mismo en 1831. Las fiestas federales durante el periodo de Rosas ofrecían la posibilidad de diálogo y vínculo político y afectivo entre el gobernador y los sectores populares permitiendo a estos últimos la adherencia al régimen (Geler, 2008).

La tradición festiva del carnaval se va mantener a lo largo del siglo XIX con una interrupción de una década durante el gobierno de Rosas, quien después de

---

<sup>14</sup> En 1842 “los negros de Buenos Aires se asocian a una suscripción pública en apoyo que les permita juntar 4075 pesos entre las cuarenta naciones que participan. Las manifestaciones públicas de los africanos en adhesión a la Santa federación no tiene entonces parangón sino con las manifestaciones que hiciera Rosas de su amistad hacia los africanos” (Devoto y Madero, 1999:162).

reglamentar las actividades del carnaval, las prohíbe en 1844. El decreto firmado por Rosas en la Gaceta Mercantil del día 3<sup>15</sup> de febrero expresaba lo siguiente:

“las costumbres opuestas a la cultura social y al interés del estado, suelen pertenecer a todos los pueblos o épocas –a la autoridad pública corresponde designarles prudentemente su término–

Con perseverancia ha preparado el gobierno por medidas convenientes este resultado respecto a la dañosa costumbre del juego del carnaval en los tres días previos al Miércoles de Ceniza; y

Considerando

Que esta preparación indispensable ha sido eficaz por el progreso del país en ilustración y moralidad –

Que semejante costumbre es inconveniente á las hábitos de un pueblo laborioso é ilustrado

Que el tesoro del Estado se agrava, y son perjudiciaos los trabajos públicos –

Que redundan notables perjuicios á la Agricultura, y muy señaladamente a la siega de trigos –

Que se perjudican las fortunas particulares; y que se deterioran y ensucian los edificios en las Ciudades por el juego en las azoteas, puertas y ventanas –

Que la higiene pública se opone á un pasatiempo de que suelen resultar enfermedades –

Que las familias sienten otros males en el extravío indiscreto de sus hijos, dependientes ó domésticos –

Por todas estas consideraciones el Gobierno ha acordado y decreta:

Artículo 1 – Queda abolido y prohibido para siempre el juego de Carnaval –

Artículo 2 – Los contraventores sufrirán la pena de tres años destinados a los trabajos públicos, serán además privados de sus empleos –

Firmado: Rosas – Agustín Garrigós.”

Para fundamentar la prohibición en el decreto se encuentran variados argumentos que pasan por la higiene, la laboriosidad, la cultura, la moralidad, la ilustración y la economía entre otras. Aunque hay argumentos que se mantienen de las disposiciones coloniales; la moralidad, la decencia, la ilustración, llama la atención el hecho de que no aparezca un artículo expreso de prohibición de los bailes afroargentinos como antaño. Así mismo, aparecen argumentos en defensa del tesoro

---

<sup>15</sup> Citada por Romeo 2005:229.

del Estado y de la higiene pública más asociados a la construcción del mundo moderno.

## **VI. Rosas y los negros: entre la barbarie y la exotización del candombe**

Durante la época del Gobernador Rosas (1829-1832 y 1834-1852), el Candombe resurgió, logrando vivir su periodo de mayor apogeo, (Golberg, 2006). El mismo gobernador asistía en compañía de su hija Manuelita a las festividades de los negros en las que era habitual que éstos le hicieran honores. Durante su gobierno se levantaron las prohibiciones a los candombes impuestas en 1820 y 1838 y justo en ese último año el gobernador invitó a la comunidad de las naciones negras a bailar en la plaza central (actual Plaza de mayo) para celebrar el día de la independencia.<sup>16</sup> El baile de negros en la celebración del 25 de mayo de 1838 desató la ira de los miembros de la élite y fue visto como un desagravio a la celebración nacional.

Véase por ejemplo, cómo describe el acto doña Petrona Acosta de Sinclair, en una carta enviada a su esposo en la que ésta hacía mención al baile de los negros en la plaza central el 25 de mayo: “el (Rosas) a yegado a la última desgracia que Se puede ber (.) el día de veinte y cinco que a sido respetado y debe Ser mientras Buenos aires existe yego al ultimo grado de bileza y desgracia rebagando un dia Como ese a terminos de poner tambores de negros ese dia en la plaza”. (Petrona Acosta Sinclair a Enrique Sinclair, 27 de mayo de 1838, AGN-X-24-5:38, citado por Reid, 1989:120).

Un comentario de Gálvez, referido al mismo hecho planteaba: “el caso es que se invitó, estimuló y probablemente se ordenó a la Raza africana (...) que tomasen parte en los festejos (...) para bailar y cantar como si estuviesen en África” (Gálvez, 1883:252). Aunque el autor reconoce que “nadie quería incurrir en falta (...)

---

<sup>16</sup> Andrews menciona que este acto generó la furia e indignación de los unitarios como lo expresaba el poema “Al 25 de mayo de 1838” del antirosista Juan Cruz Varela:

“Seis líneas de una poesía de Juan cruz Varela  
Sólo por escarnio de un pueblo de bravos  
Bandas africanas de viles esclavos  
Por calles y plazas discurriendo van.  
Su bárbara grito, su danza salvaje,  
Es en este día meditado ultraje  
Del nuevo caribe que el Sud abortó”. (Andrews, 1989:120).

marchando ordenadamente; bailando y cantando” (Gálvez, 1883:254), de todas maneras “el ruido de los candombes era infernal (...) las negras y negros cantaban en sus dialectos africanos (...) cantares verdaderamente bárbaros, parecían aullidos de animales” (Gálvez, 1883 citado por Geler, 2008: 255).

En el comentario de Gálvez los negros aparecen como marionetas de Rosas a las que, según el autor; “se invitó, estimuló y probablemente se ordenó” hacer presencia en el festejo. Este comentario, al tiempo que retoma muchas de las críticas que acompañan la caracterización de la relación entre Rosas y los afroargentinos, denigra de las expresiones musicales de los negros tildándolas de aullidos y lo equipara a un animal.

Sin embargo, resulta llamativo en el comentario de Gálvez, la referencia acerca de que los negros no generaron disturbios en dicha celebración, ya que como él manifiesta, “nadie quería incurrir en falta (...) marchando ordenadamente; bailando y cantando”, quizá en un intento por no desagrar la invitación extendida por el gobernador, además de comprender el significado simbólico de la celebración. Si bien los negros se organizaron para la presentación podemos sostener que lo que molestaba a la oposición y la élite en general era que los negros participaran de un festejo de la patria y que además lo hicieran con sus bailes, (bailes que estaban muy estigmatizados y eran asociadas a lo profano y lujurioso). En este sentido, el símbolo que representaba que un negro hiciera parte de la fiesta mítica del origen de la nación los indignaba además porque “para ellos, la representación simbólica de los fundamentos del poder no [podía] remitir en ningún caso a la población africana, sino que [debía] reflejar al pueblo ideal de la Revolución”. (González, 1999: 172).

Sin duda el baile de negros en la celebración del 25 de mayo en 1838 desató la ira como además se puede advertir en la carta de doña Petrona. Dicho baile, si nos detenemos un poco en sus palabras, fue visto como un desagrar a la nación al punto de rebajar “al último grado de vileza y desgracia” la celebración nacional. Su comentario también es muestra de la solemnidad o respeto con el que era asumida la celebración del 25 de mayo, de manera que admitir la presencia del negro era

manchar los sentidos conferidos a mayo. En consecuencia, el baile de los negros fue vivido como una profanación ya que los bailes de los negros suscitaban, en muchas ocasiones, incomodidad para los blancos como lo deja ver Vicente López cuando expresa el sentir de las familias al escuchar el “rumor siniestro desde las calles del centro, semejante al de una amenazante invasión de tribus africanas, negras y desnudas. La lujuria y el crimen dominaban la ciudad en el fondo musical del tantan africano” (López, citado por Puccia, 1974:28).

También era reconocido que Manuelita además de frecuentar regularmente los bailes de los negros bailara con éstos, lo que desde luego era motivo de escándalo. La Gaceta Mercantil escribió un artículo en 1843 en su defensa:

“los pardos o mulatos en nada desmerecen por serlo; al contrario, son atendidos y considerados por el general Rosas, lo mismo que los negros, los africanos o morenos, como hijos del país, valientes defensores de la libertad que han conquistado gloria y fama en cien batallas en que con bravura han sostenido la independencia nacional contra la dominación extranjera y contra los salvajes unitarios indignos de hombrearse con los honrados pardos y morenos...El general Rosas aprecia tanto a los mulatos y morenos que no tiene inconveniente en sentarlos en su mesa y comer con ellos; por lo que ha pretendido burlarlo El Nacional (un periódico unitario de Montevideo), reprochándole que su hija la señorita Da. Manuelita de Rosas y Ezcurra, no tenga tampoco reparo en bailar en ciertas ocasiones con los mulatos, pardos y morenos honrados y laboriosos” (Vial, 1969, citado por Reid Andrews, 1989:117).

En la obra de José María Ramos Mejía (1907) “Rosas y su tiempo”, el autor escribe:

“como Rosas había reemplazado la antigua procesión cívica de la fiesta patria por el abigarrado cortejo de negros que iban a aclamarlo, inundaban en esos días la ciudad multitud de comparsas que, al son de pintarrajeados y largos tambores, cruzaban las calles tocando monótonamente, no diré una música sino un ruido del más desatazo efecto, que resonaba melancólicamente en los oídos y el corazón de los espectadores. Los rítmicos gruñidos de esos músicos en delirio, dejaban una impresión dolorosa en el espíritu, porque aún cuando el negro, como ya he dicho, no era sanguinario ni cruel, la extraña mascarada sugería el presentimiento de lo que serían aquellas pobres bestias una vez enceladas por la acción de su chicha favorita o por el celo apetitoso del saqueo, consentido y protegido por la alta tutela del Restaurador. Sudorosos y fatigado por la larga peregrinación, marchaban, sin embargo, con cierto desembarazo vertiginoso, imprimiendo al cuerpo movimientos de una lascivia solemne y grotesca. Había entonces en Buenos Aires más de veinte mil negros, distribuidos en innumerables sociedades, cada una con su nombre bárbaro, sus hábitos y reyes, según los usos y jerarquías que probablemente traían de sus tierras africanas. Alrededor de la ciudad formaron un conjunto de colonias libres, y los domingos y los días de fiesta ejecutaban sus bailes salvajes, hombres y mujeres a la ronda, cantando sus refranes en sus propias leguas y al compás de tamboriles y bombos grotescos. La salvaje algazara que se

levantaba en aquel extraño concurso atronando al aire, la oíamos –de un testigo a quien copiamos– como un rumor siniestro desde las calles del centro, semejante al de una aterradora invasión de tribus africanas enloquecidas por el olor de la sangre. Faltábame agregar una hachure sugerente a este pequeño grabado al agua fuerte: desde que subió Rosas al gobierno, se hizo concurrente discreto de los candombes y asistía religiosamente a algunas de sus fiestas. Con aquella forzada modestia que en él era habitual, aceptaba los nombraditos y pomposos honores que le discernías. Él les daba el concurso de su presencia y el de su hija, y ellos el se su adhesión servil y de su sangre generosa” (Ramos, 1907: 228-229).

Para la época de esta obra de Ramos Mejía ya no era tan significativa la presencia de afroargentinos, dado el gran flujo de inmigrantes receptionados por el país desde la segunda mitad del siglo XIX, como se expondrá en el siguiente capítulo.

Un escrito de Juana Manso de Noroña de 1846 titulado “los misterios de la Plata, “episodios históricos”, también señala el nexo entre Rosas y los negros:

“los negros que no están colocados en casas particulares viven en comunidades que se llaman *pueblos* (destacado en el original), situados en los barrios de extramuros, conservando sus usos y costumbres africanas y hasta el aparato de un reyezuelo. Para cada grupo de familias del mismo origen. Estos pueblos de negros adoraban a Rosas que, la verdad, les dispensa todo clase de favores y les acuerda su más ilimitada confianza en la que no se engaña, pues se sabe que es la fidelidad una las características de la raza africana. El pueblo bajo, compuesto en buena parte por negros y mulatos, está conforme con Rosas como lo estuvo en la Roma de los césares con Claudio, con Nerón o con Caligula. (Manso, 1846, citado por Solominansky, 2003:106).

Al caer Rosas, el Candombe perdió la fuerza, centralidad y la marcada presencia en los espacios públicos de la que gozaban. Los negros fueron vistos como traidores de sus amos, delatores y espías al servicio del régimen rosista. Los opositores de Rosas utilizaron todas las imágenes que unían a Rosas y los negros, acentuando el prejuicio racial en la época pos rosista y la supremacía de la raza blanca, Goldberg (2006). En efecto, Sarmiento denunciaba en el Facundo el poder adquirido por los negros durante el gobierno rosista; en su criterio “Rosas se formó una opinión pública, un pueblo adicto en la población negra de Buenos Aires y confió a su hija doña Manuelita esta parte de su gobierno. La influencia de las negras con ella, su favor para el Gobierno, han sido siempre sin límites” (Sarmiento, 1845:293).

Solomiansky cita (de la edición de Soler Cañas), un escrito publicado el 21 de julio de 1833 en el periódico *La negrita*, titulado “Viva la patria”. La mujer invitaba a los afroargentinos a defender a Rosas y a mantenerse firme con él. Transcribiremos unos apartados del texto para seguir armando una comprensión en torno a la relación de Rosas y los afroargentinos:

Viva la patria

Yo me llamo Juana Peña  
Y tengo por vanidad  
Que sepan todos que soy  
Negrita muy federal (...)

Negrita que en los tambores  
Ocupo el primer lugar,  
Y que todos me abr en cancha  
Cuando yo salgo a bailar

Por la Patria somos libres  
Y esta heróica gratitud  
Nos impone el deber santo  
De darle vida y salud

La Patria se ve amagada  
De unos pocos aspirantes  
Que quieren sacrificarla  
Por salir ellos avantes

Opongamos a su intento  
Nuestro pecho por muralla,  
Y reunidos los negritos  
Corramos luego a salvarla (...)

Pero tengo mis paisanos,  
Los negritos Defensores  
Que escucharán con cuidado  
Estas fundadas razones.

A ellos dirijo mi voz,  
Y con ellos cuento yo  
Porque se que en siendo tiempo  
No me han de decir que no.

Patriotas son y de fibra,  
De entusiasmo y de valor,  
Defensores de las leyes y de su Restaurador.

Solo por D. JUAN MANUEL  
Han de morir o matar,

Y después por lo demás  
Mandame mi general.

Mandame mi general,  
Le han de decir al traidor  
Que los quiera hacer pelear  
Contra su Restaurador.

Mandame mi general  
Se lo dice Juana Peña,  
Mandame mi general  
Esa negrita porteña. (Soler Cañas, 1833: 26-27).

Aunque no se puede afirmar que el apoyo de la comunidad afroargentina hacia Rosas fuera unánime (Andrews, 1989), sí es reconocido el fuerte vínculo entre el gobernador y la comunidad afroargentina y el firme apoyo con el que gran parte de estos adhirió y defendió su causa. Los negros manifestaron su disposición para servir a los ejércitos de Rosas, además se exhibían las insignias rojas federales, desfilando por las calles después de cada victoria federal.

En 1852, una vez derrocado Rosas, los unitarios impusieron restricciones a las sociedades africanas que financiaban bailes y gradualmente, conforme éstas fueron declinando, sumado a la emergencia de nuevos bailes que convocaban a los jóvenes afroargentinos, el candombe fue declinando. Aunque ya en 1900 participaban los afroargentinos en las festividades “(...) cuando la comunidad se redujo a un minúsculo porcentaje de la población de la ciudad, las celebraciones de carnaval no la sobrevivieron por mucho tiempo. Para la década de 1930, ya no existían los desfiles y las festividades callejeras del carnaval” (Andrews, 1989:191).

En opinión de Gómez (2001), “toda esa pretendida liberalidad de Rosas para con los negros no era más que una demostración de poder frente a las élites, para quienes siempre resultaron atemorizantes y perturbadores” (Gómez, 2001:413). Aunque pueda ser tildada de utilización política de Rosas a los afroargentinos o de mutuo beneficio es sin duda una “alianza” que tuvo indudablemente un costo político muy alto para esta población una vez terminó el gobierno rosista.



## **VII. La participación de los negros en las invasiones inglesas, 1806.**

Debido a la amenaza que representaba el avance del imperio portugués hacia los territorios coloniales de España, se hizo necesario fortalecer la seguridad de Buenos Aires y para esto se incorporó a los negros en las milicias. Ya desde 1664, menciona Goldberg (1995), los negros y mulatos de Buenos Aires hacían parte de las milicias segregadas formando en 1801 el 10 por ciento de la misma, incorporándose a las filas militares como tropas regulares o irregulares y asumiendo lugares peligrosos en las batallas.

La toma de Sacramento en 1777 es uno de los primeros eventos que marcaron la participación de los negros en asuntos patrióticos (Bernand, 2010). Desde este momento se va consolidando, según Bernand, la militarización de la sociedad del Río de la Plata. Ya en 1777 Pedro Cevallos reconquista la Colonia de Sacramento; un territorio dominado hasta la fecha por Portugal, desde el cual Portugal e Inglaterra planeaban atacar a Buenos Aires que estaba bajo el control de la corona española. En este episodio, Cevallos se sirvió de la ayuda de negros, quienes pese a la prohibición de portar armas, integraban batallones. Cevallos estableció una relación cercana con las clases bajas y gozaba de gran reconocimiento por parte de los negros. Muchos hacían solicitudes de libertad con la esperanza de que fueran acogidas por Cevallos, sin lograr eco alguno en el electo virrey.

El ascenso del pedido de libertad de los negros, a veces bajo argumentos basados en el trato recibido por los amos o la falta de afectividad de los mismos, se va incrementando y va ser en la visión de Bernand (2010), una de las causales para difundir el valor de la libertad en la Revolución de Mayo de 1810 ya que se equipara el régimen colonial con la esclavización. El contexto suscitado a partir de los acontecimientos de la Revolución Francesa o la sublevación en Haití van alentando los ánimos pero a su vez las preocupaciones por posibles sublevaciones de esclavos, como lo podemos apreciar en el anuncio que publica el general William Carr Beresford quien, una vez asumió el cargo del gobierno de la ciudad, hacía explícito

un pedido, al parecer derivado del miembro de la élite Juan Martín de Pueyrredón, en éste se expresaba: “los esclavos están sujetos a sus amos como antes, y que se tomarán medidas severísimas con los que trataran de liberarse de esa sujeción” (Di Meglio, 2006:78). El pedido estaba fundamentado en el temor a sublevaciones de los negros ya que éstos habían empezado a movilizarse ante el contexto de debilidad española, además motivados por la resistencia y rebelión de Santo Domingo de 1791 que posteriormente declaró su independencia con el nombre de Haití en 1804.

La noticia de la rebelión de Santo Domingo fue acogida por los negros esclavizados en otros países de América, de hecho “en Nueva Orleans, Río de Janeiro, Jamaica y en ciudades venezolanas como Coro, los esclavos componían desde 1792 canciones que celebraban los acontecimientos haitianos, lo cual muestra la gran propagación de esas novedades entre la población de origen africano en las Américas” (Di Meglio, 2006:78). Recordemos que Haití se convierte en la primera república independiente de América Latina (1804), constituyéndose en la única revolución que articuló la independencia a la eliminación de las instituciones del régimen esclavista Montaruli. Serán los haitianos, quienes en palabras de Argumedo Alcira, (2006:150) “llevaran hasta sus últimas consecuencias los postulados de igualdad, libertad y fraternidad” de la revolución francesa. Esta revolución no sólo decretó la abolición de la esclavización, sino que también estimuló un clima de resistencia y ejercerá una influencia decisiva las ideas y luchas libertarias de Simón Bolívar (Argumedo, Alcira, 2006).

Ya en 1795 hubo conspiración de los franceses contra los españoles, en la cual se convocó a los negros esclavizados a luchar contra España a cambio de lograr su libertad. Esta conspiración fue denunciada por criados negros, las autoridades castigaron a los responsables y prohibieron el ingreso de negros esclavizados provenientes de colonias de Francia. La actitud de los negros que informaron sobre la conspiración fue leída como un sentimiento de lealtad a la ciudad y como un indicador de su integración a la sociedad colonial tal como se expresa en un informe elaborado en 1795: “Una constante experiencia hace ver, que a poco tiempo de

venidos los negros de Guinea y de abrazada nuestra sagrada religión, pierden su rusticidad y ferocidad, y hasta el amor del suelo patrio”<sup>17</sup>.

En 1806 los ingleses intentan tomar Buenos Aires pero se encuentran con una fuerte resistencia por parte de la población quien se movilizó a través de la organización de milicias urbanas y obtuvo la victoria. Con las armas incautadas se organizaron batallones que expresan la importancia de los grupos que se armaron: patricios, indios, arribeños, pardos, morenos, patriotas, artilleros, esclavos, de la unión, montañeses (Bernand, 2010). Justo en ese año después de la victoria obtenida se celebrará el primer Cabildo en el cual, la fuerte crítica a la Corona caracterizaría la reunión. En 1807 se presenta un nuevo intento de invasión de los ingleses y nuevamente la fuerte resistencia logra oponerse. Aún cuando la promesa inicial del Cabildo era otorgar la libertad a todos los combatientes negros con destacada participación en la defensa de la ciudad, sólo se concedió este beneficio a través de sorteo a algunos de ellos (Andrews, 1989).

La participación de los esclavos fue testimoniada por muchos de sus amos y acrecentó la credibilidad militar de los negros, quienes usualmente se ocupaban de los servicios o del cuidado de los animales. El capitán de la primera compañía don Martín José Medrano certificó en 1808 el apoyo ofrecido por un moreno llamado Joaquín Alzaga: “hallándome destinado en la azotea del señor alcalde de primer voto don Martín de Alzaga, se me presentó ofreciendo todo auxilio para la gente que estaba a mis órdenes; asimismo me dijo que él tenía fusil y todo lo demás necesario para a mi lado hacer fuego en caso necesario” (Bernand, 2010:6).

Para premiar la labor desempeñada por los negros en la defensa de la ciudad se organizó un sorteo en el cual se otorgó la libertad a algunos de ellos. Se priorizó a los esclavos mutilados y heridos y se les asignó una pequeña pensión. Este reconocimiento permite observar el rol decisivo de los negros esclavizados en la defensa de Buenos Aires ante las invasiones inglesas. Su participación tuvo un gran

---

<sup>17</sup> AGN-A, IX-36-1-5. Tribunales, *Criminales contra Luis Dumont [...] sobre rumores de una sedición popular*, 1795, leg. 60, fols. 204-205. Tomado de Bernand (2010).

valor precursor para los procesos de independencia ya que muchos de ellos serían reclutados más adelante para integrar los ejércitos libertadores, “en un procedimiento de reclutamiento que a la vez sería, probablemente, el medio de manumisión más considerable y generalizado para los hombres afroargentinos” (Solomianski, 2003:76).

El poema de Rivarola escrito en 1807 en honor a la defensa de la ciudad que protagonizaron los sectores subalternos, considerado por Becco (1953) como la introducción de los negros en la literatura Argentina, da testimonio del rol heroico de los negros en este conflicto. Citamos a continuación un aparte del mismo:

No es posible aquí omitir  
Para honor de nuestro suelo,  
y de nuestro soberano  
las maravillas q a laue hicieron  
de religión y valor.  
los indios, pardos y negros;  
todos, todos á porfía  
pelean con increíble esfuerzo,  
ya en cañon, ya en las guerrillas,  
y siempre con lucimiento. (...)

(Pantaleón Rivarola, 1807 citado por Becco, 1953:13).

Después de estos acontecimientos los negros y mulatos pasaron a ser considerados como parte del pueblo (Bernand, (2010), favoreciendo según Bernand, una actitud romántica y heroica hacia estos, quizá única en América Latina, a excepción de Venezuela. El rol de los batallones ante la defensa en la ciudad sembraría el sentimiento de confianza en la resistencia ya que, sin duda “la experiencia de la lucha contra los ingleses determinó la forma en que los porteños se pensaron de ahí en más y el modo en que miraron los acontecimientos posteriores a 1810” (Di Meglio, 2006:82).

## **VIII. Los negros en la subalternidad independentista o en las guerras de independencia**

Para esta aproximación nos basaremos en el trabajo de Di Meglio (2006) quien realiza un exhaustivo y mejor documentado trabajo de investigación sobre la participación de los sectores subalternos en la vida política de Buenos Aires a partir de 1810. También apelaremos al trabajo que sobre la participación de los negros en la Revolución de Mayo realizó Bernard (2010) quien nos aporta datos importantes para reconstruir la participación de estos en este proceso.

Tenemos entonces hacia 1810 una población muy heterogénea en Buenos Aires. La élite estaba compuesta por blancos y el lugar más alto lo ocupaban la burocracia colonial, los comerciantes principalmente españoles y también americanos. Uno de los factores determinantes en la ubicación social era el racial. Éste estaba basado en criterios de “pureza” de sangre, de ahí que el tener “muchas manchas negras o indias –así como árabes o judías en la Península– condenaba a su poseedor a un lugar relegado” (Di Meglio, 2006:41). Los negros, indios, mulatos, mestizos y zambos no podían ocupar cargos civiles o eclesiásticos ni portar armas, utilizar determinadas vestimentas, comprar o vender alcohol o salir a la calle en las noches.

La falta de documentación en la forma en que los grupos subalternos participaron del proceso de independencia ha llevado a que la atención se centre en los miembros de la élite porteña que dirigieron el proceso. Sin embargo, en los acontecimientos del 25 de mayo 1810 -aunque se hace difícil establecer la cantidad de personas que asistieron al cabildo- Di Meglio sostiene que no fue muy numeroso. De modo tal que, aunque en los acontecimientos que condujeron a la Revolución hubo presencia de plebeyos, el proceso fue dirigido por la élite, aún cuando se haya construido una imagen de Mayo como un evento en el que todos los porteños participaron, tal como se conmemora hoy en las escuelas.

Reconstruir el papel de estos grupos en el proceso revolucionario resulta bastante difícil en la medida en que la población era mayoritariamente analfabeta y no hay registros escritos, lo que nos aboca a leerlos desde la interpretación y descripciones que otros elaboraron. Para el citado autor es imprescindible apelar a múltiples fuentes para explicar la relación de la plebe<sup>18</sup> con la vida política del Buenos Aires. Nuevamente en este punto ofrece una claridad al sostener que el papel de los grupos subalternos en la política entre 1810 y 1830 fue destacado y que éstos no fueron sólo la caja de resonancia de los sectores dominantes sino que, por el contrario, contribuyeron a sostener el destino de Buenos Aires. Estos grupos tuvieron una presencia masiva en manifestaciones públicas, en la circulación de ideas, rumores, motines, canciones que fueron importantes para llevar a cabo y sostener la revolución.

Si partimos de la analítica foucaultiana, el poder funciona en cadena y hay diferentes niveles de su ejercicio, lo que en otras palabras sugiere que no sólo el nivel macro determina todos los demás y que no necesariamente estas cadenas de poder funcionan con una única lógica. Para ser más claros con la idea que intentamos desarrollar aquí, la reunión del cabildo reivindicada como el acto revolucionario que derivó en la instalación del primer gobierno patrio, no puede ser considerada por sí sola o no basta para explicar la Revolución de Mayo. Hubo otros niveles en los que se jugó el poder, como lo mostrábamos arriba en el planteo de Di Meglio, en el que se destaca la participación activa de las milicias -integradas en muchos casos por negros- como un antecedente importante que va influir en el curso del proceso en tanto genera confianza y cambia la mirada que tenían sobre sí mismos los porteños.

De acuerdo con lo que venimos sosteniendo hasta el momento, gran parte de lo que Di Meglio clasifica como plebe integró la milicia, la cual fue central para respaldar al grupo que organizó la primera junta de gobierno patrio. Más aún, Di Meglio (2006) lo aclara cuando argumenta que “un camino fundamental de comunicación con la plebe fue la milicia, cuyo apoyo había sido decisivo para lograr la destitución del Virrey.

---

<sup>18</sup> El autor utiliza el término 'plebe' para acoger a todos aquellos que, en el periodo estudiado, compartían una condición subalterna ya sea por su color, ocupación, su pobreza material, respetabilidad social, analfabetismo ,entre otras.

Su poder se expresaba notablemente en el hecho de que el comandante del cuerpo más poderoso fuera el presidente de la Junta, lo cual contribuía también a consolidar la fidelidad de los milicianos a la nueva situación” (Di Meglio, 2006:94).

De esta forma, el grupo élite que encabeza en el relato oficial los acontecimientos de Mayo logró hacerse al poder respaldado por las milicias y logra, mediante diferentes estrategias (prensa, discursos en las iglesias, delaciones a opositores, celebración de batallas militares, fiestas entre otras), que “todos,” incluidos los sectores subalternos, se sintieran identificados con la causa revolucionaria. Abonemos a esto la idea de Bernand (2010), sobre un clima de libertad gestado por las peticiones de los esclavos que condujo a equiparar el control colonial a una situación de esclavización, motivando un ambiente de transformación. Aún así, la instauración del primer gobierno patrio dejó inalterado el sistema de clasificaciones y jerarquías instituidas por la sociedad colonial.

En 1810 el destituido Virrey Cisneros retrata desde Córdoba el apoyo brindado por los negros: “Los dos conventos de dominicos y mercedarios son los más acérrimos partidarios de la independencia y se asegura que la infame junta, en la desesperada, piensa valerse de los negros y mulatos esclavos de los españoles, dándoles libertad con tal de que se hagan soldados y ciertamente ésta es mucha mejor milicia que la del país” (Bernand, 2010:7) <sup>19</sup>.

Cisneros estaba preocupado por la falta de contención de la desatada movilización popular ya que según juzga: “como puede subsistir, acertar y obrar bien una muchedumbre que llevada de la codicia de ensalzarse o de igualarse, aborrece la virtud, envidia la honra y [...] una vez alterada o desenfrenada, no tiene poder bastante ni autoridad legítima que lo contenga” (Bernand, 2010).

Sin duda entonces hubo una participación indiscutida de los sectores subalternos en el proceso revolucionario. Muchos negros tomaron como causa propia la lucha por

---

<sup>19</sup> *Documentos referentes a la insurrección de la ciudad de Buenos Aires en el año 1810*, MS 7225, Biblioteca Nacional de Madrid, fol. 3.

sostener los ideales de Mayo y en muchos casos actuaron a favor del ejército patriota denunciando a quienes conspiraban contra el proceso (Bernand, 2010).

De acuerdo con Di Meglio, hay tres formas de participación de la plebe que van a caracterizar los 10 años que duraría el gobierno central creado a partir de la Revolución de Mayo: los motines militares que tuvieron como protagonistas a las milicias y la plebe; la intervención de la élite y el Cabildo para resolver conflictos surgidos de las tensiones al interior de la élite; y las celebraciones públicas. Estas últimas fueron decisivas para convocar la adhesión de toda la población a los propósitos revolucionarios además hacían posible el establecimiento de vínculos simbólicos de unidad entre la población. Una de estas celebraciones públicas que se hacen habituales a partir de 1812, son las fiestas mayas de las que nos ocuparemos en el segundo capítulo.

Es a partir de 1811 que la plebe (integrada fundamentalmente por americanos y africanos) va a ganar espacios de participación decisiva en los asuntos políticos. Estos van a protagonizar algunos motines como los del 04 y 05 de abril para presionar por algunas demandas entre ellas la central; sacar del cargo a los vocales morenistas de la Junta. La élite revolucionaria se dividió en dos fracciones: morenistas y saavedristas, ambos alineados a Moreno y Saavedra. Estos últimos buscaron en la plebe un recurso político para presionar por demandas. Esta importante movilización generó temores ante una posible rebelión de los negros esclavizados, recordemos que estaban muy presentes los acontecimientos de Santo Domingo (Haití 1804). No obstante este acto no redundó en disturbios o sublevaciones en tanto lo que realmente estaba en juego eran las disputas al interior de la élite y su búsqueda de consolidación hegemónica, así que el apoyo de la plebe más que perjuicios representaba beneficios para un sector. Este motín contó con la participación de los saavedristas quienes a su vez buscaban que la presencia del pueblo otorgara legitimidad a las mismas.

Desde la Asamblea de 1813 se aprobó la conformación de un batallón de negros esclavos, lo que obligó a sus dueños a vender al Estado una cantidad de negros que debían estar entre los 13 y 60 años de edad. También fueron incluidos aquellos



esclavos que estaban pagando libertad y los que estaban en la cárcel, estos últimos deberían cumplir ahí su pena. Sin embargo, muchos propietarios de negros esclavos no estaban de acuerdo con la medida y, en muchos casos, ocultaban a sus esclavos, hacían caso omiso de los decretos o argumentaban excusas para no entregarlos, manifestando que la medida los perjudicaba económicamente. Ante esto el Estado creó fuertes sanciones para los propietarios que no acataban la ley y para los esclavos que no denunciaban a sus amos.

En 1816 San Martín ordenó que los esclavos que tenían entre 14 y 15 años debieran hacer parte de los ejércitos, elevando posteriormente el número a 55 años, más bien, “la situación anárquica que caracterizaba al periodo comprendido entre 1810 y 1870, va a exigir el mantenimiento de estas fuerzas” (Goldberg, 1995:562). Aún cuando se requería la presencia de negros en las milicias y ejércitos, los bandos estaban diferenciados y existía segregación racial, la cual sólo fue eliminada después de la caída de Juan Manuel Rosas, en la Constitución Nacional de 1853 y la provincial.

Posteriormente van a existir otros motines caracterizados por una participación insoslayable de los sectores subalternos que no detallaremos aquí.<sup>20</sup> Tan sólo hay que añadir que hacia 1819 va a presentarse un motín que tenía como característica fundamental la participación exclusiva de negros. El objetivo principal del reclamo era exigir el respeto al derecho miliciano, “el problema principal era entonces que querían acuartelarlos, lo cual se enfrentaba con la tradición de la milicia de servir sin abandonar la residencia en los domicilios particulares” (Di Meglio, 2006:190).

En principio todos se presentaron armados cuando la orden del Cabildo autorizaba sólo a la compañía de granaderos. Los negros se reunieron en una zona de residencia de pardos y morenos (el hueco de la Concepción) pero fueron desarmados y finalmente se decidió indultarlos para que retornaran a sus casas. De cualquier modo, los temores de la élite ante un episodio como este no eran sólo la expresión de

---

<sup>20</sup> Para mayor referencia de este proceso ver Di Meglio (2006). *“Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rusismo*, Buenos Aires, Prometo.

paranoia “sino que es indudable que en la virulencia con que se defendió el derecho miliciano se expresaban también tensiones sociales y raciales. En esta ocasión, y en prácticamente todo el periodo iniciado por la revolución, la conflictividad social y racial se expresó en la ciudad de Buenos Aires a través de la disputa política” (Di Meglio, 2006:195).

En 1825 se dispuso el aumento del servicio de los negros en el ejército; de seis años de obligatoria permanencia se pasó a once; éstos debieron servir en los ejércitos más años de los que inicialmente se les había estipulado para lograr obtener su libertad. Tampoco los negros que nacían libres a partir de la ley de Vientres de 1813, lograron obtener su libertad en el plazo establecido. Muchos negros perdieron la vida en las fuertes guerras que libró el país. Es así como “de los aproximadamente 2.000 soldados negros que acompañaron a San Martín y que, entre 1816 y 1823 libraron batallas en Chile, Perú y Ecuador, sólo sobrevivieron 50” (Andrews, 1989:). En los ejércitos, aunque hubo coroneles negros, ningún negro alcanzó el rango de general. Además el pago recibido era siempre menor con respecto a un blanco que tuviese el mismo rango.

De cualquier modo, la revolución permitió a muchos negros esclavizados canalizar sus resentimientos con el régimen hacia los peninsulares y muchos de ellos apelaron a los ideales profesados por la revolución para presionar o manifestarse sobre su situación. Aunque estos pedidos habían estado presentes desde el orden colonial, tenemos el caso en 1812 del esclavo Pedro Pérez que “suplica se le perdone el tiempo de su condena en consideración al feliz aniversario de nuestra gloriosa revolución” y tres años después Vicente Martínez pidió que “en celebración del solemne día del cumpleaños de nuestra independencia ordene se le ponga en libertad”<sup>21</sup>.

---

<sup>21</sup> Solicitud de Pedro Pérez, 13 de junio de 1812. AGN, X, 6-6-13, SOCM; el segundo es el 27 de mayo de 1815, en AGN, X, 8-9-4, SOC. Tomado de Di Meglio (2006) *“Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rusismo*, Buenos Aires, Prometo.

## **IX. La “aniquilación” de los afroargentinos: algunas miradas**

Aunque la población negra no fue aniquilada totalmente –como es una noción extendida en el sentido común y en parte de la literatura especializada– sí decreció considerablemente a lo largo del siglo XIX.

Entre los argumentos para explicar la notable disminución de esta población, la utilización de negros en los ejércitos libertadores es uno de los más difundidos. (Golberg, 1995; Morrone, 1995; Andrews (1989). Tempranamente se registraba su participación voluntaria o involuntaria en conflictos bélicos con otras naciones, en las guerras civiles o en las luchas por la independencia. Estas sucesivas guerras disminuyeron dramáticamente la población masculina ya que su activa participación en las filas militares va ser una constante en la historia Argentina del siglo XIX. Al finalizar el proceso de independencia, los negros integraron los ejércitos en la guerra contra Brasil (1825 a 1828), y se vincularon a las guerras civiles entre unitarios y federales, también fueron reclutados para pelear en la Guerra de la Triple Alianza contra Paraguay (1865-1870). Su participación en muchos casos estuvo motivada bajo la promesa de libertad, cosa que no siempre se logró pues “el común denominador de su destino en el ejército fue masivamente, la muerte” (Morrone, 1995:19).

Otros argumentos para explicar la manera como la población afroargentina fue diezmada parten del impacto que generó la epidemia de la fiebre amarilla de 1871<sup>22</sup>, que afectó mayoritariamente los barrios donde habitaba esta población dada las condiciones de insalubridad y carencias de servicios básicos. También se contempla el proceso de mestizaje (producto de las uniones entre negros e indígenas, negros y españoles) desde los primeros años de la conquista pese a las prohibiciones de la

---

<sup>22</sup> “las periódicas pestes que azotaron a Buenos Aires: viruela, tifus, fiebre tifoidea, difteria, causaron estragos entre la población, especialmente entre los sectores más desprotegidos, con peores condiciones de vida (alimento, vestido, vivienda), así los negros e indios se vieron seriamente afectados” Morrone (1995:18); “Comúnmente se considera que la epidemia de fiebre amarilla que, afectó seriamente a Buenos Aires en 1871, fue una de las causas principales de la desaparición de la población negra ya que motivó una altísima mortalidad negra en ese año” (Golberg y Mallo, 2000:65).

corona, el cual va generando un paulatino pasaje de la línea de color (Guzmán, 2000). Aquí postula Guzmán que tanto las diferentes guerras del siglo XIX, la alta mortalidad y el mestizaje fueron reduciendo a la población negra, que posteriormente será absorbida por las oleadas de inmigrantes italianos, españoles y otros que llegan desde la segunda mitad de siglo. Todo indica entonces, que “el mestizaje contribuyó al decrecimiento de esta población negra-mulata como grupo definido, siendo absorbida, en el caso concreto de Tucumán, por blancos, mestizos e indios” (Guzmán, 2000:81). Lo que faltaría según la autora es determinar el grado de incidencia del proceso de mestizaje en la disminución de este grupo poblacional.

Gómez (cf), atribuye el decrecimiento de la población afroargentina, registrado a lo largo del siglo XIX, al ingreso masivo de la inmigración blanca europea estimulada por el Estado, lo cual terminó superando en número a la comunidad negra. A su vez señala el cambio de categoría de identificación de negro a trigueño como parte de la estrategia de invisibilización de esta población. Según la autora, el período que va de 1838 a 1887 consolida lo que ella denomina el proceso de la “desaparición artificial”, ya que para finales del año 1887 los negros sólo representan el 1,8 del porcentaje oficial y “a partir de ese período ya no se informa sobre este dato en los censos” (Gómez, cf). El uso extensivo del término trigueño condujo a reducir la población desde los registros oficiales (Yao, 2002), esta categoría también fue utilizada por muchos afroargentinos para huir de sus marcas de africanía y lograr asimilarse a los códigos europeos de la sociedad blanca (Yao, 2000).

En la misma dirección, López coincide en señalar que la invisibilización de los negros en la historia nacional “fue materializada entre otros mecanismos a través de operaciones censales”. El proceso de modernización estadística, de acuerdo con la autora, era contradictorio, dado que “si bien explicitaba la intención de rechazar las categorías que remitían al pasado colonial, tenía implícita la jerarquía de razas que combatía” (López, 1997:6).

Esta autora comparte con Reid Andrews, (1989) la idea que el Estado generó mecanismos que invisibilizaron a la población negra, mecanismos que tuvieron

relación con la ideología de blanqueamiento, ya que las posibilidades de ascenso social eran mayores en la medida en que los rasgos del ancestro africano se fueran borrando. Tal operación, afirma López “fue reafirmada por la desaparición de los registros oficiales relativos a la población de ascendencia africana a través de la utilización del rótulo de “población desconocida”, que subestimaba el número de afroargentinos al contemplar personas negras sin especificar el color o también en el uso de de la categoría “trigueño” (del color del trigo) que no implica una directa ascendencia africana” (López, 2006:7).

Pero el asunto no se detiene ahí, al parecer el proceso de disminución se desarrolló de manera más lenta respecto de como se ha sostenido desde las élites y desde el relato hegemónico que atribuye a las guerras la aniquilación de esta población. Para apoyarnos en esta reflexión dialogaremos con el trabajo de Reid Andrews (1989), referencia obligada, en tanto es uno de los estudios más exhaustivos y documentados sobre el tema y con el aporte de Otero sobre el papel de la estadística. Ambos estudios nos permitirá seguir encontrando eslabones para explicar desde otros lugares la disminución de esta población.

El trabajo de Reid Andrews (1989), centrado en Buenos Aires, afirma que el Estado aceleró de forma engañosa las estadísticas oficiales que declinaban demográficamente a esta población, antes de que esto realmente sucediera. El autor contrasta los censos que hablaban de la aparente “desaparición” con la variada producción de prensa y actividad constante de las asociaciones de ayuda mutua, así como las manifestaciones artísticas de la población afroargentina, las cuales se expresaban fuertemente en el periodo en que supuestamente aparecían inexistentes en los censos oficiales. Tampoco encuentra referencias de preocupación por la declinación demográfica de dicha población en los periódicos y escritos afroargentinos del periodo de 1880 -1900, quienes en cambio se mostraban preocupados por la situación económica subordinada.

Así mismo, refiere que, si bien las bajas tasas de natalidad y las altas tasas de mortalidad contribuyeron a la declinación de la población negra en el periodo de 1838-1889, no son un elemento determinante para explicarlo. Su argumento parte de la explicación que encuentra en el “traslado estadístico de un gran segmento de la población afroargentina de la categoría racial parda/morena a la blanca” (Andrews, 1989:104), ya que antes del periodo 1838-1887 la población afroargentina había registrado un crecimiento continuo, por lo cual no hay razones para pensar que este crecimiento se hubiese alterado en las décadas posteriores<sup>23</sup>. Además de contemplar la pérdida de peso poblacional de los negros, se suma la existencia de una élite que, al cultivar el mito de la sociedad blanca, pregonaba la desaparición de los negros y pugnó por no hacerlos visibles dado el marcado racismo de la sociedad argentina. En consecuencia, la población negra quedó “invisible desde los censos y ahogada en un torrente de inmigrantes blancos”.

En suma, “los afroargentinos no desaparecieron ni murieron en ningún punto del siglo XIX; antes bien, serenamente fueron borrados de los registros por las personas encargadas de realizar los censos y por los estadísticos, por los autores e historiadores que cultivaban el mito de una argentina blanca” (Andrews, 1989:131). En otras palabras, la presunción de la desaparición de la población negra es parte de lo que Solomiansky (2003), califica “genocidio discursivo”; una operativa de invisibilidad orquestada hacia esta población que encuentra en Sarmiento<sup>24</sup> uno de sus principales voceros.

Es pertinente además recuperar un planteo del autor que también contribuye a armar el rompecabezas o “el enigma de la desaparición” de los afroargentinos como él mismo le llama, y que no es un dato menor, está relacionado con el apoyo que los afroargentinos brindaron a Juan Manuel Rosas. El mismo Sarmiento expresaba: “los negros así ganados para el Gobierno, ponían en manos de Rosas un celoso espionaje en el seno de cada familia, por los sirvientes y esclavos, proporcionando, además, excelentes e incorruptibles soldados de otro idioma y de una raza salvaje”

---

<sup>23</sup> Ver Andrews (1989) en donde el autor presenta datos estadísticos que respaldan lo sostenido.

<sup>24</sup> En 1883 en *Conflicto y armonía de razas*, Sarmiento anunciaba que para 1900 si un argentino deseaba ver cómo era un negro debería ir a Brasil.

Sarmiento, (1857:233). Esta acusación recurrente a los afroargentinos suscitó en 1878 una editorial del periódico afroargentino *La Juventud*, el cual expresaba la irritación de la comunidad negra ante el planteo generalizado de que el rol de los negros en la Argentina se reducía a su lugar como soldados y como espías de Rosas, (*La Juventud*, 1878 citado por Andrews, 1989:120).

De esta manera, “los afroargentinos y Rosas se unieron inextricablemente en la mente de los unitarios. El racismo de los unitarios blancos se combinó con su odio por Rosas y los federales para transformar a los negros en un símbolo recurrente del supuesto salvajismo y barbarie de los años de Rosas (Andrews, 1989:120). Ya decía Sarmiento en su *Facundo*: “sería agraviar a la historia escribir la vida de Rosas y humillar a nuestra patria, recordarla después de rehabilitada las degradaciones por que ha pasado” a lo que más adelante agrega “la historia de la tiranía de Rosas es la más solemne, la más sublime y la más triste página de la especie humana, tanto para los pueblos que de ella han sido víctimas como para las naciones, gobiernos y políticos europeos o americanos que han sido actores en el drama o testigos interesados” (Sarmiento, 1857:19). Para Sarmiento había que borrar de la historia lo que representó Rosas, escribir su historia era “humillar la patria”, por consiguiente, la historia de los afroargentinos también sería borrada con el símbolo del rosismo.

De alguna manera, el lugar marginal de los negros en los censos no puede ser argumentada sólo a través de criterios cuantitativos (Otero, 2006), sin duda obedeció al deseo de las élites de configurar un componente población ideal a la nación imaginada, desalentando y combatiendo desde diversas estrategias a otros grupos.

En la visión de Otero hubo condicionantes ideológicos desplegados por la élites, entre los que señala las motivaciones igualitaristas de la estadística liberal que rechazaban las categorías producidas del orden colonial para no reproducir el oprobioso sistema de clasificación, pero que al mismo tiempo, mantenía las jerarquías de los distintos grupos sobre la base de criterios evolucionistas y no igualitarios. El argumento esgrimido en la Comisión Directiva del Censo Nacional de 1895, justificaba la ausencia de preguntas relativas al color por problemas técnicos derivados de la

complejidad de la autodefinición de los encuestados (por ejemplo, que parte de la población mulata o india fuese registrada como blanca), y por el escaso número proporcional de población negra. Este último no era sostenible, ya que a modo de ejemplo, en la Capital del país para 1887 el número de población negra, salvo algunas excepciones, no era menor a la registrada con respecto a uruguayos, franceses, españoles e italianos presentes en la capital. Este argumento, menciona Otero, si sería sostenible para 1914 en el que la presencia cuantitativa de este grupo ya no era tan considerable.

Volviendo al primer argumento habría que abonar, desde la visión de Otero, que aún cuando la existencia de ideologías racistas pudieran explicarnos la supresión de preguntas relativas al color de la piel, resulta oportuno plantear que el sistema estadístico contempló los problemas técnicos de la medición de la raza, apartándose de una visión esencialista de la misma, lo que denota, en el discurso censal uno de los aspectos de corte más progresista (Otero, 2006). Aunque la supresión de dichas categorías no aseguró la transformación igualitarista del sistema estadístico.

Posteriormente con la emergencia de un discurso global de la especie humana suscitado a partir de la teoría de la selección natural de Darwin, la raza cobra un fuerte poder explicativo en los fenómenos demográficos y sociales y en la Argentina los tres censos subsiguientes evocaron la mezcla de razas de manera armónica sin aludir las jerarquizaciones diferenciales de los grupos raciales que intervenían. A medida que avanza la inmigración, va adquiriendo fuerza la idea de la selección natural y con ello un discurso que enfatiza la superioridad biológica de la raza blanca, que como mencionábamos, no está exento de un contexto intelectual de la época.

Par ir cerrando entonces, en síntesis, las estadísticas oficiales fueron uno de los instrumentos a través de los cuales el Estado difundió la imagen de la nación (Otero, 2006), así “indagar las bases a partir de las cuales se definió la población del territorio argentino implica, ante todo, analizar el papel que el aparato censal adjudicó a la nacionalidad, la raza, el color y el territorio de origen (...)” (Otero, 2006:335). El sistema estadístico argentino planteó lecturas sobre los componentes



poblacionales del país que sobrestimaron el lugar de los inmigrantes obliterando la presencia de indígenas y negros, tanto negros como indígenas ocuparon un lugar marginal en el sistema censal argentino (Otero, 2006). Tanto así que el problema ya señalado por Andrews (1989), con respecto al papel de las estadísticas en el ocultamiento de la negritud también se expresó con la población indígena. Para ilustrar esto, es conveniente señalar que la desaparición estadística de los indígenas precedió y acompañó la Campaña del desierto liderada por Roca en 1879 y la Conquista del Chaco del año 1884 (Otero, 2006). A través de los dispositivos estadísticos se reflejó el deseo de blanqueamiento de las élites. El censo del año 1869 se limitó a censar la población indígena con el fin de detectar el número de población activa militarmente, los indígenas aparecían como un componente indiferenciado en otras áreas, con lo cual la ideología de la civilización y barbarie y el deseo de eliminar este componente “peligroso” que se resistía la civilización, se reflejó en los censos. De hecho, la información de las zonas controladas por indígenas fue levantada por comandantes militares. Sobre los indígenas se establecieron formas de control asentadas en visiones geopolíticas más no antropológicas, con ello el control de desierto aseguraría la desaparición de estos grupos. Importa enfatizar que “en el terreno de la percepción estadística, los indios fueron, ante todo, la población “móvil” y “militarmente peligrosa” de territorios no controlados por el Estado y, en lugar secundario, los portadores de una religión distinta a la profesada por el Estado. En ningún caso el indígena fue el portador de una lengua o de una cultura diferente y, menos aún, miembro de una nación distinta de la Nación Argentina en construcción” (Otero, 2006:350).

A partir de las consideraciones anteriores, podemos sostener que el Estado argentino empleó una estrategia biopolítica que buscaba, mediante la exclusión violenta de los afroargentinos e indígenas, favorecer un tipo de población que se ajustara al modelo de nación deseado. En consecuencia, el biopoder fue empleado para “hacer vivir” el ideal de nación fundada en la hegemonía de la sociedad blanca, europea como elemento deseable para alcanzar la modernidad y el progreso nacional al que se contraponía la

comunidad afroargentina<sup>25</sup> (vista precisamente como una población indeseada, dado el alto nivel de prejuicio racial presente en la nación). De esta forma, el racismo se va inscribiendo como un mecanismo del Estado (Foucault, 2000), no necesariamente a través de una legislación escrita o del sistema económico (Marin 2000), pero sí a través de las operaciones ideológicas eurocentristas agenciadas y estimuladas por el Estado moderno. Esta formación discursiva de nación al tiempo que hacía emerger el sujeto deseado, implementaba dispositivos de control hacia los sujetos indeseados o “peligrosos” para el proyecto hegemónico. Es así como se van favoreciendo mecanismos para borrar o invisibilizar al diferente en pos de mejorar la población. Al respecto señala Foucault “si el poder de normalización quiere ejercer el viejo derecho soberano de matar, debe pasar por el racismo... Que quede bien claro que cuando hablo de “matar” no pienso simplemente en el asesinato directo, sino en todo lo que puede ser también muerte indirecta: el hecho de exponer a la muerte o de multiplicar para algunos el riesgo de muerte o, más simplemente, la muerte política, la expulsión” (Foucault, 1992:90).

El paradigma de “civilización o barbarie” tan defendido por Sarmiento fue parte de la estrategia por medio de la cual se orquestó ideológicamente el dispositivo del biopoder. La élite Argentina, retomaba desde finales del siglo XIX, las teorías racistas dominantes provenientes de Europa para construir un proyecto de país y de Estado (Geler, 2004). Y la dirigencia política intelectual, que desarrollaría y aplicaría las teorías y políticas sobre razas para “mejorar” la población argentina, durante el siglo XIX en la Argentina serían Sarmiento y Alberdi, así como Bunge y José Ingenieros en el XX (Geler, 2004). De esta forma, se contribuyó al ocultamiento de la negritud volviéndola en un elemento segregado y secreto a través del desarrollo histórico de la Argentina (Solomianski, 2003).

---

<sup>25</sup> Durante el siglo XIX y principios del XX, los gobernantes de la Argentina empiezan a difundir pautas culturales, mitos de origen en la idea de consolidar la identidad nacional a partir del europeo, esta idea la desarrollaremos en el segundo capítulo para comprenderla en el contexto de construcción de la argentinidad a partir de las celebraciones patrias.